

Narración de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

Narrador: El primer día de los Azimos se acercaron los discípulos a Jesús y le dijeron:

Discípulo: ¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?

Jesús: Id a la ciudad, a casa de tal persona, y comunicadle: El Maestro dice: mi tiempo está cerca; en tu casa voy a celebrar la Pascua con mis discípulos.

Narrador: Los discípulos hicieron como les había mandado Jesús y prepararon la Pascua. Al anochecer se puso a la mesa con los doce discípulos.

Jesús: En verdad os digo que uno de vosotros me va a traicionar.

Narrador: Y, muy afligidos, comenzaron cada uno a decirle

Discípulo: ¿Acaso soy yo, Señor?

Jesús: El que come conmigo en la misma fuente, ¡ése me va a entregar! Ciertamente el Hijo del Hombre se va, según está escrito acerca de él; pero, ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Más le valiera a ese hombre no haber nacido.

Judas: ¿Acaso soy yo, Rabí?

Jesús: Tú lo has dicho.

Narrador: Mientras cenaban, Jesús tomó pan y, pronunciada la bendición, lo partió y, dándoselo a sus discípulos,

Jesús: Tomad y comed; esto es mi Cuerpo.

Narrador: Y, tomando el cáliz y habiendo dado gracias, se lo dio diciendo

Jesús: Bebed todos de él; porque ésta es mi Sangre de la nueva alianza, que es derramada por muchos para remisión de los pecados. Os aseguro que no beberé desde ahora de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba con vosotros nuevo, en el Reino de mi Padre.

Narrador: Recitado el himno, salieron hacia el Monte de los Olivos.

Jesús: Todos vosotros os escandalizaréis esta noche por mi causa, pues escrito está: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño. Pero, después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea.

Pedro: Aunque todos se escandalicen por tu causa, yo nunca me escandalizaré.

Jesús: En verdad te digo que esta misma noche, antes de que cante el gallo, me negarás tres veces.

Pedro: Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré.

Narrador: Todos los discípulos dijeron lo mismo. Entonces llegó Jesús con ellos a una finca llamada Getsemaní.

Jesús: Sentaos aquí mientras voy allá a orar.

Narrador: Y llevándose a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a entristecerse y a sentir angustia.

Jesús: Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo.

Narrador: Y adelantándose un poco, se postró rostro en tierra mientras oraba diciendo:

Jesús: Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como quieras Tú.

Narrador: Volvió junto a sus discípulos y los encontró dormidos; entonces dijo a Pedro.

Jesús: ¿Ni siquiera habéis sido capaces de velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en tentación: pues el espíritu está pronto, pero la carne es débil.

Narrador: De nuevo se apartó por segunda vez y oró diciendo

Jesús: Padre mío, si no es posible que esto pase sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.

Narrador: Volvió otra vez y los encontró dormidos, pues sus ojos estaban cargados de sueño. Y, dejándolos, se apartó una vez más, y oró por tercera vez repitiendo las mismas palabras. Finalmente va junto a sus discípulos y les dice

Jesús: Dormid ya y descansad; mirad, ha llegado la hora, y el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos; ya llega el que me va a entregar.

Narrador: Todavía estaba hablando, cuando llegó Judas, uno de los doce, acompañado de un gran gentío con espadas y palos, enviados por los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta señal: Aquel a quien yo bese, ése es: prendedlo.

Judas: Salve, Rabí.

Jesús: Amigo ¡a lo que has venido!

Narrador: Entonces, acercándose, echaron mano a Jesús y le prendieron. Uno de los que estaban con Jesús sacó la espada e hirió al criado del Sumo Sacerdote cortándole la oreja.

Jesús: Vuelve tu espada a su sitio, porque todos los que emplean espada a espada perecerán. ¿O piensas que no puedo recurrir a mi Padre y al instante pondría a mi disposición más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo entonces se cumplirían las Escrituras, según las cuales tiene que suceder así? ¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y palos a prenderme? Todos los días me sentaba a enseñar en el Templo, y no me prendisteis.

Narrador: Todo esto sucedió para que se cumplieran las escrituras de los Profetas. Entonces todos los discípulos, abandonándole, huyeron. Los que habían prendido a Jesús le llevaron a casa de Caifás, el Sumo Sacerdote, donde se habían reunido los escribas y los ancianos. Pedro, por su parte, le seguía de lejos hasta el palacio del Sumo Sacerdote; y, una vez dentro, se sentó con los sirvientes para ver el desenlace. Los príncipes de los sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban un falso testimonio contra Jesús para darle muerte; pero no lo encontraron a pesar de los muchos falsos testigos presentados. Por último, se presentaron dos que declararon.

Personaje: Este dijo: Yo puedo destruir el Templo de Dios y edificarlo de nuevo en tres días.

Narrador: Y, levantándose, el Sumo Sacerdote le dijo.

Sumo Sacerdote: ¿Nada respondes? ¿Qué es lo que éstos testifican contra ti?

Narrador: Pero Jesús permanecía en silencio.

Sumo Sacerdote: Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios.

Jesús: Tú lo has dicho. Además os digo que en adelante veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo.

Narrador: Entonces el Sumo Sacerdote se rasgó las vestiduras diciendo.

Sumo Sacerdote: ¡Ha blasfemado! ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Ya lo veis, acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece?

Pueblo: Reo es de muerte.

Narrador: Entonces comenzaron a escupirle en la cara y a darle bofetadas; los que le abofeteaban decían

Pueblo: Adivínalo, Cristo, ¿quién te ha pegado?

Narrador: Entretanto Pedro estaba sentado fuera, en el atrio; se le acercó una sirvienta y le dijo.

Personaje: Tú también estabas con Jesús el Galileo.

Pedro: No sé de qué hablas.

Narrador: Al salir al portal le vio otra y dijo a los que había allí.

Personaje: Este estaba con Jesús el Nazareno.

Pedro: No conozco a ese hombre.

Narrador: Poco después se acercaron los que estaban allí y dijeron a Pedro.

Personaje: Desde luego tú también eres de ellos, pues tu habla lo manifiesta.

Pedro: No conozco a ese hombre.

Narrador: Y al momento cantó un gallo. Y Pedro se acordó de las palabras que Jesús había dicho: Antes de que cante el gallo, me habrás negado tres veces. Y, saliendo afuera, lloró amargamente.

Llegada la mañana, todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo celebraron consejo contra Jesús para darle muerte. Y maniatado le llevaron y entregaron al procurador Pilato.

Entonces Judas, el que le entregó, al ver que había sido condenado, movido por el remordimiento, devolvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y ancianos.

Judas: He pecado entregando sangre inocente.

Personaje: ¿A nosotros qué nos importa?; tú verás.

Narrador: Y, arrojando las monedas de plata en el Templo, fue y se ahorcó. Los príncipes de los sacerdotes recogieron las monedas de plata y dijeron: No es lícito echarlas al tesoro del Templo, porque son precio de sangre. Y habiéndolo deliberado en consejo, compraron con ellas el campo del Alfarero para sepultura de los peregrinos; por lo cual ese campo se ha llamado, hasta el día de hoy, campo de Sangre. Así se cumplió lo dicho por medio del profeta Jeremías: Y tomaron las treinta monedas de plata, precio en que fue valorado aquel a quien tasaron los hijos de Israel; y las dieron para el campo del alfarero, tal como me lo ordenó el Señor.

Jesús, pues, estaba en pie ante el procurador. El procurador le interrogó:

Poncio Pilato: ¿Eres tú el Rey de los Judíos?

Jesús: Tú lo dices.

Poncio Pilato: ¿No oyes cuántas cosas alegan contra ti?

Narrador: Y no le respondió a pregunta alguna, de tal manera que el procurador quedó admirado en extremo. En el día de la fiesta, el procurador tenía

costumbre de soltar un preso al pueblo; el que quisieran. Había por aquel entonces un preso famoso llamado Barrabás. Estando, pues, reunidos, les dijo.

Poncio Pilato: ¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, el llamado Cristo?

Narrador: Los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron a la multitud para que pidiese a Barrabás e hiciese morir a Jesús.

Pueblo: A Barrabás.

Poncio Pilato: ¿Y qué haré con Jesús, el llamado Cristo?

Pueblo: ¡Sea crucificado!

Poncio Pilato: Pues ¿qué mal ha hecho?

Pueblo: ¡Sea crucificado!

Narrador: Al ver Pilato que no adelantaba nada, sino que el tumulto iba a más, tomó agua y se lavó las manos ante el pueblo.

Poncio Pilato: Soy inocente de esta sangre; vosotros veréis.

Pueblo: ¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!

Narrador: Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de haberle hecho azotar, se lo entregó para que fuera crucificado. Entonces los soldados del procurador llevaron a Jesús al pretorio y reunieron en torno a él a toda la cohorte. Le desnudaron, le pusieron una túnica roja y, trenzando una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, y en su mano derecha una caña; se arrodillaban ante él y se burlaban

Soldados: Salve, Rey de los Judíos.

Narrador: Le escupían y, quitándole la caña, le golpeaban en la cabeza. Después de reírse de él, le despojaron de la túnica, le pusieron sus vestidos y le llevaron a crucificar.

Los soldados, después de crucificar a Jesús, tomaron su ropa e hicieron cuatro partes, una para cada soldado, y aparte la túnica; pues la túnica no tenía costuras, estaba toda ella tejida de arriba abajo.

Soldados: No la rasguemos, sino echémosla a suerte a ver a quién le toca.

Narrador: Sucedió así para que se cumpliera la Escritura que dice: Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica. Los que pasaban le insultaban.

Pueblo: Tú que destruyes el Templo y en tres días lo edificas de nuevo, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz.

Narrador: Del mismo modo, los príncipes de los sacerdotes se burlaban a una con los escribas y ancianos.

Pueblo: Salvó a otros, y a sí mismo no puede salvarse; es el Rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él; confió en Dios, que le salve ahora si le quiere de verdad, pues dijo: Soy Hijo de Dios.

Narrador: Uno de los ladrones crucificados le injuriaba.

Ladrón: ¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros.

Ladrón: ¿Ni siquiera tú que estás en el mismo suplicio temes a Dios? Nosotros, en verdad, estamos merecidamente, pues recibimos lo debido por lo que hemos hecho; pero éste no hizo mal alguno. Jesús, acuérdate de mí, cuando llegues a tu Reino.

Jesús: En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso.

Narrador: Estaban junto a la cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a su madre.

Jesús: Mujer, he ahí a tu hijo.

Narrador: Después dice al discípulo.

Jesús: He ahí a tu madre.

Narrador: Y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa.

Narrador: Se oscureció toda la tierra desde la hora sexta hasta la hora nona. Hacia la hora nona Jesús clamó con fuerte voz.

Jesús: Elí, Elí, lemá sabacthaní?, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

Narrador: Algunos de los allí presentes, al oírlo, decían.

Pueblo: Este llama a Elías.

Narrador: E inmediatamente uno de ellos corrió y, tomando una esponja, la empapó en vinagre, la puso en una caña y se lo dio a beber.

Pueblo: ¡Déjalo! Veamos si viene Elías a salvarle.

Jesús: Pero Jesús, dando de nuevo una fuerte voz, entregó el espíritu.

Y al momento, el velo del Templo se rasgó en dos partes, de arriba abajo, y la tierra tembló y las piedras se partieron; se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de los santos, que habían muerto, resucitaron. Al atardecer vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también se había hecho discípulo de Jesús. Este se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato, entonces, ordenó que se lo entregaran. Y José tomó el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia y lo puso en el sepulcro suyo, que era nuevo y había mandado excavar en la roca; e hizo arrimar una gran piedra a la puerta del sepulcro y se marchó. Estaban allí María Magdalena y la otra María sentadas frente al sepulcro.